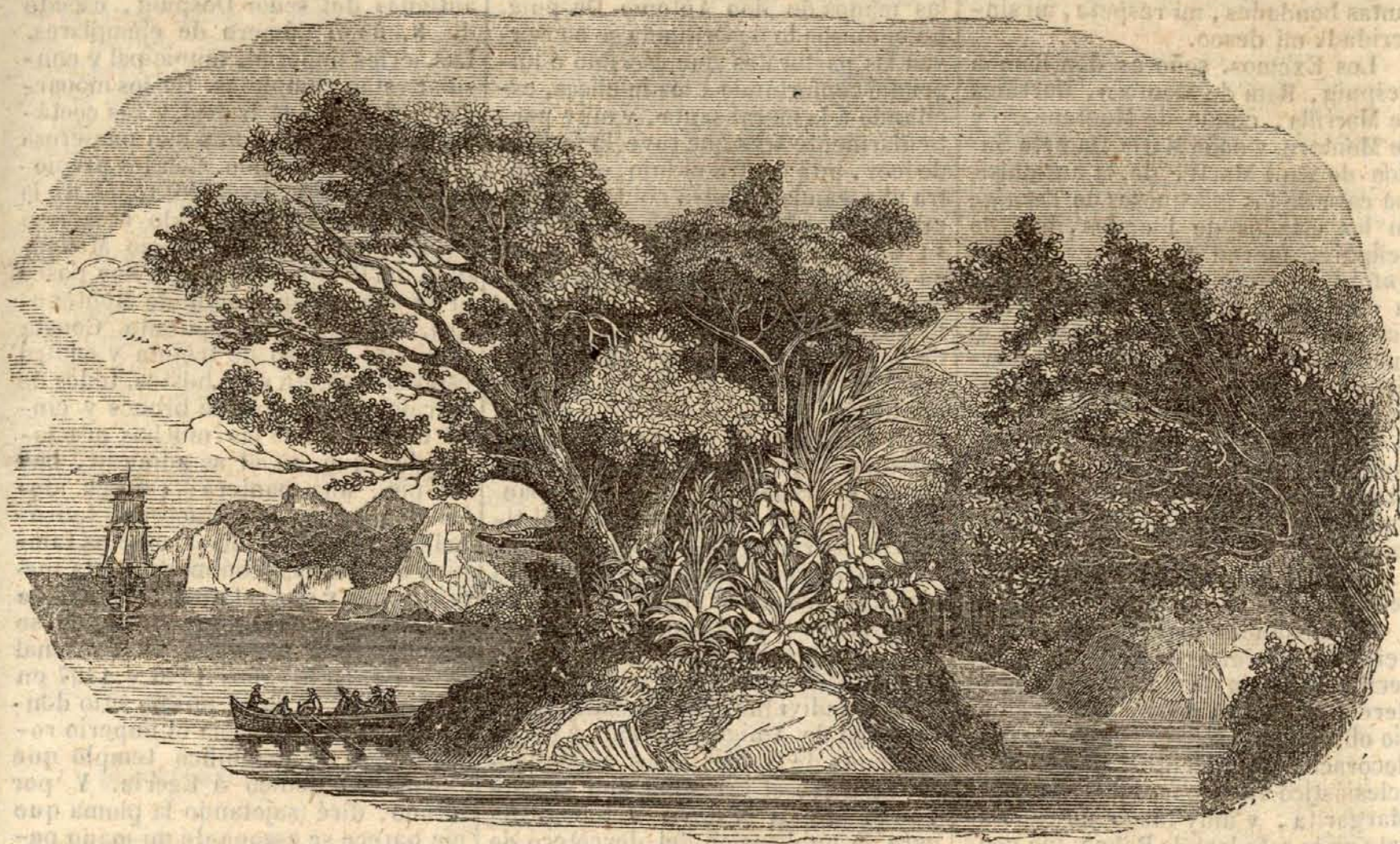


ALBUM PINTORESCO.



MEDITACION.

Mirad por vos mientras dura
esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella
(F. L. DE LEON).

Soñé que me encontraba en las márgenes de un lago, y oí una voz que me decía:

«Es menester coger la rosa en la mañana de la vida; es necesario al menos aspirar el aroma de la flor antes que termine su rápida primavera... Entreguemos á castas voluptuosidades nuestros ardientes corazones.. amémonos.

»Cuando el náutico se encuentra á merced de las olas irritadas, y ve que su frágil nave va á ser víctima del naufragio, vuelve sus ojos tristemente á las orillas que dejó, y echa de menos—demasiado tarde—los goces que tuvo en la ribera. ¡Cuánto Jaria por verse otra vez en el humilde hogar de sus abuelos! ¡Cuánto por estrechar aquel objeto idolatrado que tan presente está en su memoria! Allí corrieron sus dias, sin peligro ni gloria y en apacible calma, sin haber dejado jamás su país ni sus dioses.

»De la misma manera la hermosu-

ra, agobiada ya bajo el peso de los años, llora la dulce primavera que no puede venir otra vez. ¡Ah! devuélveme, dice, aquellos años, aquellos meses, aquellas horas profanadas en la holgura, el hastío y la indiferencia. ¿Por qué no supe gozar? Pero la muerte es la que responde á este eco dolorido que sale de lo mas profundo del corazon. La muerte la conduce al sepulcro sin dejar que se marchite, sin permitirle que se incline á reunir aquellas flores que no supo recoger en la verdadera estacion.

»Amémonos, misteriosa encarcelada... y no gastemos la vida en el abandono de los bienes materiales. Dejemos algo para el corazon. Abandonemos ese orgullo estéril que á nada conduce; y ya que nuestra hora es incierta, apresurémonos á agotar la copa de la vida mientras está en nuestras manos.

»Ora nos corone el laurel, ora forme la hermosura sencillas coronas para ornar nuestras humildes frentes, no olvidéis que el destino nos conduce á todos á una misma ribera.»

Desperté en seguida; recorde á una muger que vaga misteriosa en mi pensamiento, y dí á este sueño una feliz aplicacion.

I. A. BERMEJO.

BIOGRAFÍA

DEL EMMO. Y EXCMO. SEÑOR CARDENAL
DON ANTONIO DESPUIG.

La ínclita capital de las islas Baleares, ciudad que siempre hace reflejar el magnífico espejo de la naturaleza que la circunda con los inmensos beneficios que prodigó en ella el autor de todo lo creado, lealtad, valor, talentos y riquezas, es la que tiene el honor de contar entre los mas distinguidos blasones que la ennoblecen, á la ilustre y noble familia apellidada *Despuig*, la misma que en la nacion francesa se llamó *Dupuig*. Los amantes de las glorias españolas, que admiran entre los heroicos varones de esta progénie al gran maestro y fundador de la religion de San Juan, Ramon Dupuig; al denodado compañero de don Jaime I de Aragon en sus victoriosas conquistas, Bernardo Despuig; al gran maestro de la religion de Montesa, Luis Despuig; á otro gran maestro de la de San Juan, don Ramon Despuig; al celoso obispo de Mallorca, don Lorenzo Despuig; al notabilísimo conde de Montenegro y de Montoro, don Ramon Despuig y Rocaberti, y al grande de España don Juan Despuig y Dameto; dispensarán que

en memoria de un hermano de este último, el insigne cardenal Despuig, se incline mi pobre y cansada pluma sobre el papel para escribir su biografía. Confuso y temeroso voy á emprender este trabajo, muy superior á mi comprension, y digno de que lo hiciesen la elocuencia y la poesia de los genios mas sublimes. Sean recompensa de mis defectos las grandes virtudes que voy á escribir, y suplan á las galas con que merecen publicarse tantas bondades, mi respeto, mi sinceridad, mi deseo.

Los Excmos. señores don Ramon Despuig, Ram de Montoro, Martinez de Marrilla, conde de Montenegro y de Montoro, y doña María Dameto Surida de Sant Martí, de la antiquísima casa de los marqueses de *Tornigo* en los estados de Flandes, hoy de Bellpuig, fueron los padres de *don Antonio Despuig y Dameto*. Nació en la ciudad de Palma de Mallorca, el dia 30 de marzo de 1745, casi por el mismo tiempo en que perdía el consistorio de Roma otro cardenal tan insigne en virtudes como habia de ser el que nacia, y cuya biografía tuve tambien la gloria de escribir. Fué bautizado en la iglesia de Santa Cruz de Palma, el mismo dia de su nacimiento.

Estudió humanidades bajo la direccion de los padres de la Compañía, y las facultades mayores en la universidad literaria de Palma, donde recibió el grado de doctor en ambos derechos. Por su mérito extraordinario obtuvo los cargos, empleos y condecoraciones siguientes: un beneficio eclesiástico en la parroquial de Santa Margarita, y muy luego un canonicato en la catedral de Palma; fué condecorado con las dignidades de rector y vice-canciller de su universidad; teniente de vicario general castrense, y juez conservador de la religion de San Juan. El rey le nombró en 1780 auditor de la Rota por la corona de Aragon. En 1791 fué nombrado y consagrado obispo de Orihuela, y despues se le confirió el arzobispado de Valencia, donde obtuvo la dignidad de capellan mayor de la real maestranza de caballeria, y prelado gran cruz de la religion de San Juan. En 1795 fué aclamado arzobispo de la santa iglesia patriarcal de Sevilla, y el papa Pio VII le dió el capelo cardenalicio con el titulo de San Calisto, el dia 11 de julio de 1803.

Como varon piadoso y benéfico ejerció su generosidad en Orihuela, dando cuanto tenia á los pobres, que quedaron afligidos y arruinados en una grande avenida del rio Segura. Costeó á sus espensas una parte de la canalizacion para el riego de aquella vasta y hermosísima huerta. Arregló la planta del famoso seminario consiliar de San Miguel de aquella diócesis, que despues ha sido de tanto provecho á la misma. Pagó de su peculio las cátedras de derecho canónico en la universidad de dicha ciudad. Costeó asimismo las magníficas exequias que se hicieron en Roma por la muerte del papa Pio VII. Pagó los gastos que ocasionó la beatificacion de la bien-

aventurada Catalina Tomás, é hizo construir á sus espensas el hermosísimo sepulcro de la misma, obra modelo del afamado escultor Adrian Ferran. Sus manos generosas estuvieron siempre abiertas para obras de beneficencia y de justicia.

No habia cumplido los 20 años de edad, cuando se halló en el terrible terremoto que asoló la Calabria; y en esta fatal ocasion Italia cuenta los consuelos que recibió de los labios y de las manos de don Antonio Despuig. En el obispado de Orihuela se conservan las pastorales que escribió é imprimió confortando á los infelices, escitando á la moral santa, y muy particularmente tres que tuve la fortuna de leer, una contra el lujo, otra contra el escándalo y otra contra la desgracia de los hombres ociosos. Su celo, su dulzura y su colosal resignacion en las desgracias, si yo pudiera escribirlos, ocuparian un volumen de los mayores; baste decir, que fué uno de los tres prelados enviados por el rey don Carlos IV á consolar al sumo pontífice Pio VII, que en 1793 se hallaba confinado en un monasterio de cartujos. Amor y agradecimiento inspiraria el arzobispo Despuig á Su Santidad, cuando este le concedió el titulo de patriarca de Autioquia.

Considerado como amante de las ciencias, fué de los hombres mas inflamados en patriotismo, de aquel patriotismo que hace las cosas para la humanidad: todo para el género, nada para el individuo. Fué fundador de la sociedad de Amigos del Pais y de la academia de Nobles Artes de Mallorca. Instruyó al brigadier don Vicente Tofiño de la historia y topografía para la publicacion del derrotero de nuestras costas. Levantó la famosa carta geográfica de las Baleares, que dedicó á la princesa de Asturias, y mereció tantos elogios de los escritores nacionales y extranjeros. Tradujo del francés al castellano las *Reflexiones sobre varias vegetaciones metálicas de Mr. Homberg*, obra que posee autógrafa mi amigo el señor don Joaquin Maria Bover. Escribió un tomo de noticias para la formacion de una historia topográfica y geográfica de Mallorca, y otro de apuntes para un manual de historia romana. Publicó en Italia las decisiones de la Santa Rota. Fué el coronista de la beata Catalina Tomás, mallorquina, y el escritor de su vida y heroicas virtudes. Y dejó á la posteridad impresa para siempre la relacion del terremoto de la Calabria.

Pero su ardiente pasion á las letras y al saber en todas líneas le sacó, por decirlo asi, del colmo de las ciencias necesarias, y derramó el raudal de sus conocimientos sobre otras que están estimadas por mas esquisitas y como corona final de la historia, puesto que tuvo ocasion de estudiarla en las láminas de oro y plata que se grabaron en los tiempos remotos de los grandes acontecimientos que nos refiere. Fué el Emmo. Despuig tan entendido anticuario, que es preciso indicar los objetos que adquirió, para que el lector se admire y nunca se ol-

vide de las preciosidades que reservó acaso de la codicia de las naciones estrañas. Compró la biblioteca del canónigo Hernan, de Valencia, que reunió á la suya y aumentó despues para fundar, como lo verificó, una biblioteca pública en Mallorca que consta de mas 40,300 volúmenes. Asimismo adquirió el célebre monetario del esclarecido numismático don Antonio Agustin, el que aumentado con las muchas monedas y las medallas antiguas del señor Despuig, excede de 8,000 el número de ejemplares. Las series imperial, municipal y consular están completas. De los monarcas godos, reyes árabes y sus coetáneos cristianos, reunió una numerosa y brillante coleccion. Con los preciosos objetos que recopiló, todos de la antigüedad, está formado el famoso y justamente célebre Museo Mallorquin del Predio *Raxa*, que hoy posee el Excmo. señor conde de Montenegro, sobrino del purpurado. Consta este rico museo de treinta y cuatro estatuas, veinte y un bustos, todos de mármol, una cierva de bronce y cinco urnas. Entre las muchas preciosidades que en él se admiran, hay un pie, una pantera, catorce idolos de bronce, varias lucernas, taurobolios, cabezas y otros objetos tambien de bronce, con mas sesenta inscripciones y seis estatuas colosales de mármol. Esta riqueza admirable se desenterró á espensas del cardenal Despuig, en los años 1796 y 1797 en la Arriccia, y en el mismo sitio donde ostentó su soberbia el imperio romano con el magnífico templo que Domiciano dedicó á Egeria. Y por último, diré (sujetando la pluma que me parece se escapa de mi mano para que con una de oro escriba otro que yo la relacion de cosas tan raras), que entre su coleccion de pinturas compuesta de 400 cuadros lindísimos de los mejores autores, hay el mayor número que he visto de originales de Murillo y de Rafael, príncipes de los pinceles italianos y españoles; del Apeles español Juan de Juanes, del Sarto, de Mengs, de Wandick y de Bassano.

Pues este hombre tan eminente, luz de la nobleza mallorquina, honra de Palma, honra de la nacion española, ornamento del Capitolio, y lumbrera de la iglesia católica, fué perseguido de los traidores que querian vender nuestra patria; y el sentimiento, los pesares, los disgustos, las tristezas y las lágrimas, le acarrearón la enfermedad y la muerte.

Murió en la ciudad de Luca, en Italia, el dia 2 de mayo de 1813; dando testimonio de humildad á los soberbios, pues siendo de tan ilustre progenie mandó que su epitafio solo tuviese estas sencillas palabras:

«*Antonius cardinalis Despuig.*»

ejemplo de patriotismo á sus paisanos, legándoles sus museos y biblioteca: una prueba de virtud, disponiendo que su corazon se enterrara bajo el sepulcro de la beata Catali-

na Tomás ' con esta sola inscripcion:

«*Ibi est. cor tuum.*»

y causando el mas profundo sentimiento á cuantos tuvieron la fortuna de tratarle y la desgracia de perderle.

¡Varones tan eminentes en virtud y sabiduria, habian de ser eternos!... La muerte los arrebató de la tierra, y en el cielo reciben el premio de sus obras. En este mundo son leves los galardones. *El Emmo. señor cardenal don Antonio Despuig y Dameto*, que mereció á Su Santidad el elevado título de patriarca y al rey de las Españas la gran cruz de Carlos III, ha merecido tambien que el Ilmo. consejo municipal de Palma coloque su retrato entre los muchos que tiene de sus héroes compatriotas en el salon de sesiones, y que Mallorca entera y España toda pronuncie el nombre del *cardenal Despuig* con el respeto que otorga á su buena memoria el que ha tenido la fortuna de escribir esta sucinta biografía.

Palma de Mallorca 1.º de setiembre de 1843.

FELIX PONZOA CEBRIAN.

LOS DOS JÓVENES FILÓSOFOS.

(Continuacion.)

Sofia supo la llegada del pretendido filósofo, y al saberlo su corazón latió con fuerza desusada. Púsose á correr por todo el castillo y á mirarse en todos los espejos, hasta que al fin, arrastrada por la curiosidad, se halló sin saber como en el parque. Entonces vió á su padre sentado con el joven Ernesto, cuyo rostro no le era dable descubrir, pero le pareció bien formado; sin embargo, creyó notar en él ciertas maneras extrañas en un filósofo. «Sin duda, se decía ella, ha tomado un traje moderno para no asustarme: Platon tambien sacrificaba á las gracias.» Diciendo estas palabras, se habia ocultado detrás de un árbol, y se alzaba en puntillas para ver la cara de Ernesto. Conociendo Mr. de Belval que su hija podía venir de un momento á otro al parque, quiso ir á prepararla; y diciéndole al joven, que su ausencia seria corta, dirigió sus pasos hácia la quinta.

Sofia estaba temblando: á todo se hallaba preparada, menos ó encontrarse tan pronto á solas con el filósofo.

Ernesto se levantó, y al ver á una joven vestida de una manera original, apoyada contra un árbol, teniendo la cabeza inclinada al suelo, y en la mano un abultado libro, cubierto de un añejo pergamino, no pudo ya dudar de que fuese la joven filósofa; y fingiéndose absorto, llevando en su

mano con un aire profundamente meditativo un cuaderno de romances nuevos que debia cantar en la fiesta á que habia sido convidado, se aproximó á la joven lectora, como si hubiese sido guiado por el acaso. Fingió tropezar por distraccion con una rama del árbol en que se hallaba apoyada Sofia; y como ésta apenas se atrevió á hacer el mas pequeño movimiento, Ernesto la creyó sumida en una honda meditacion, y separando sus ojos del cuaderno de romances, fijólos con avidez en el rostro de Sofia. «¡Qué hermosa es! dijo para sí, al mirarla. ¡Qué lástima que una pasión... ridícula haya arrancado á la sociedad tan bella flor! ¡Oh! si yo pudiese ejecutar mis planes!...

Ernesto conoció que no le seria posible guardar largo tiempo aquella extrema reserva, y se atrevió á hablar á la pensativa joven: mas ella como saliendo de sus profundas reflexiones, exclamó: «¡Oh divino Platon! sí, tú dices bien: nuestra alma al sacudir los lazos terrenales, engrandece el dominio del pensamiento. ¡Cuánto me place verlas recorrer las esferas celestes de los diversos planetas, hasta llegar purificadas al centro de la luz universal!» Algun tanto suspenso quedó el joven, al escuchar este apótrofe al divino Platon: mas luego á su vez exclamó con un tono grave: «¡Oh sabio Séneca, feliz quien pueda pasar sus dias en la soledad profunda sin mas sociedad que tu admirable libro! Con él ¡cuán bien se aprende á conocer las dobleces del corazón del hombre, y sobre todo, de ese sexo engañador que nos arma tantos lazos en el sendero de la vida!»

Muy claramente escuchó Sofia estas últimas palabras, y por cierto que la dejaron algo picada. Ernesto se le aproximó de nuevo; y esta vez no creyó ella que fuese necesario fingir no verlo. «Perdonadme, señorita, la dijo aquel, si interrumpo vuestras meditaciones. Sin duda cometes una falta para con el mundo sabio en arrancaros á unas contemplaciones que debian hacer vuestra gloria é iluminar el universo; pero el deseo de hablaros es demasiado poderoso en mí, y yo no he podido resistirlo mas largo tiempo.

—Caballero, dijo Sofia ruborizándose, yo soy quien debo temer arrebatarse á las ciencias uno de los momentos preciosos que vos le consagrais con tanto fruto. En cuanto á mí, yo no aspiro á la gloria y...

—¡Ah! señorita, veo que la modestia se introduce algunas veces en el grupo de las Gracias y de las Musas.

—Vos pareiais sumergido en una profunda meditacion. ¿Se puede saber, caballero, qué libro os inspiraba unos pensamientos tan fatales para las mugeres? Me parece que vos las calificais (vos ó vuestro autor) de sexo engañador que...

—¡Oh cielos! ¿Vos me escuchabais...?

—¿Qué razones pueden inclinaros á hablar así de un sexo... acaso tan filósofo como el vuestro?

—¡Ay! señorita, vos sabeis que to-

dos los discipulos de Platon querian ser un poco jorobados como él: si yo hablo de esta suerte de las mugeres no es mas que por espíritu de secta. Yo sé cuan odiosa es la maledicencia, y sobre todo cuando recae sobre el sexo débil; pero nosotros hacemos siempre distinciones: los mas grandes filósofos las han hecho.

Demas que vos no perteneceis á ese sexo: la energía de vuestro carácter, las luces de vuestro talento hacen que no se os cuente en esa clase de seres que los filósofos de muchas escuelas han creído deber colocar en algunos grados inferior al hombre, sin que yo haya comprendido jamás el por qué.

—Ay! cualquiera que sea, es mucha desgracia pertenecer á ese sexo tan mal apreciado... Pero señor, esos filósofos de muchas escuelas ¿qué es lo que han podido censurar en nosotros, que no se manifieste de una manera mas criminal en el hombre?

—No lo sé, á fé mia, pero ¿no están ahí los caprichos del tocador, la coquetería, los gastos excesivos? ¿No se conocen algunas jóvenes que parece no existen sino para el tocador, y no respiran sino delante de un espejo? Os lo diré: pues hay mugeres que se han puesto malas porque no han podido conseguir dar á sus cabellos un peinado bastante lindo. Yo he visto el libro de cuentas de una hermosa dama, y ofrecia 4,000 duros en la columna de las cintas, blendas etc., y 400 rs. en la de las buenas acciones, con el título de *gastos extraordinarios*.... Os avergonzais; conoceis que esta conducta envilece á ese sexo del que vuestras brillantes cualidades os hacen, por decirlo así, salir; pues ¿qué seria si quisiésemos hablar por menor de ese deseo excesivos de agradar, manantial de tantos sinsabores? ¿Qué filósofo podría asistir con sangre fria al tocador de una muger de nuestro siglo?

Al llegar aquí, estuvo Ernesto á pique de echarse á reir viendo el embarazo de Sofia; pero haciéndose superior á este movimiento, prosiguió pasando revista á los afeites, tan fatales para los bellos colores que da la naturaleza, y á los olores, cuyo uso se condenaba ya en la antigüedad. *Mulier recte olet, ubi nihil olet*, dijo con tono grave, y quedó encantado de que se le hubiese ocurrido este pasaje de Plauto, que por cierto daba no poco peso á su sermón.

Durante él estuvo Sofia un poco turbada, pero reponiéndose de su turbacion quiso á su vez predicar la moral. Comenzó manifestando cuanto se admiraba al pensar en las locuras que degradan la mas sublime parte de de la especie humana. ¿Y los jóvenes? prosiguió; los jóvenes sobre todo, ¡qué llenos de ridiculeces! ¿No se les ve rivalizar con las mugeres en los cuidados que prestan á su tocador? Si quisiésemos examinar su pasión por los caballos, por esos bravos compañeros de sus proezas.... en el bosque de Bolonia; si osásemos penetrar en la horrorosa guarida del juego, donde el caudal y el honor

corren tantos peligros; donde, como dijo una muger célebre (1).

Bobo al principio en picaro se acaba;

donde van á pedir á cartas funestas... Pero vos, os ruborizais de ver el cuadro que os presento, y que de seguro os es enteramente desconocido.

Ernesto conocía vivamente la justicia con que podría aplicar las palabras de Sofia á su conducta. «No hay duda que predica tan bien como yo,» decía para sí; y al mismo tiempo, acordándose de la pérdida considerable que acababa de hacer al juego, no podía ocultar su emoción.

Un antiguo sabio decía: *Si quieres dar peso á tus máximas, hazlas publicar por una boca pura:* Ernesto experimentaba que la boca de una linda jóven tiene un poder mucho mayor.

Sofia por su parte se hallaba admirada de pensar, cuan poco le costaría renunciar á sus inclinaciones, y seguir los senderos de la austera moral. De este modo se inspiraban los dos jóvenes recíprocamente un respeto de una naturaleza particular, y que se hallaba acompañado de un encanto desconocido. Una dulce confianza penetraba en sus almas. Las puras imágenes de la virtud se elevaban en tropel en sus corazones exaltados, y cada uno de ellos parecía esperar con impaciencia la ocasión de probar que sabría aprovecharse de los consejos del otro.

Mr. de Belval, volviendo donde se hallaban nuestros jóvenes filósofos, notó su turbación, y le pareció de buen agüero. Entraron en la quinta, donde Ernesto debía pasar la noche, y partir al día siguiente para la fiesta. Debiendo cantar en ella las nuevas canciones que traía, le era necesario ocuparse en ensayarlas; pero la noche se deslizó sin que Ernesto pensase en tal cosa: la jóven filósofa absorbía todos sus pensamientos. Cada una de sus palabras le parecía un oráculo; sus discursos ¡qué llenos de razón!

Necesario es que digamos que Sofia se hallaba invitada para la misma fiesta á que debía concurrir Ernesto; pero no se habló de ello, porque habían convenido en no hacerlo delante del pretendido filósofo. Por la noche debía la jóven preparar su traje de baile, mas tampoco pensó en ello. «¡Oh! decía, ya no me admiro de que tan jóven haya adquirido la reputación de filósofo. ¿Quién había de esperar encontrarle tan amable? Porque en fin, á pesar de su originalidad y de su excesiva severidad, es amable.»

Al día siguiente se notició á la señorita de Belval que la fiesta se había retardado: con lo cual se alegró infinito; sin embargo, Ernesto, que ignoraba semejante retardo, se apresuraba á partir. Su doméstico tenía ya preparados los caballos. Un dulce recuerdo lo arrastró al parque, al sitio

donde la vispera había escuchado una lección tan elocuente de moral. Desde muy lejos distinguió á Sofia: su traje era sencillo sin ser afectado. Se acercó lleno de turbación, y como durante la noche había pensado, que acaso el corazón de la señorita de Belval no estaría libre, quiso asegurarse sobre un punto tan importante, y se atrevió á preguntarla acerca de tal objeto. Sofia, turbada ya con solo la presencia de Ernesto, lo quedó aun mas por sus preguntas; tartamudeó algunas palabras é intentó retirarse; pero Ernesto insistió con la mas viva emoción, y entonces la imprudente Sofia al retirarse, le presentó la caja que su padre le había dado el día anterior, y que como ya sabemos, encerraba el retrato de Rousseau. «Tomad, le dijo dejándola entre sus manos, ved ahí el retrato de la persona á quien me hallo destinada,» y se alejó rápidamente.

Ernesto, solo ya, abre aquella caja que debe descubrirle un secreto fatal ¡Oh sorpresa! es el retrato de un hombre con gorra de pieles! «Ya me admiraba yo, exclamó, de que no tuviese sus puntas de estravagante la pretendida filosofía! ¡Qué pasión tan singular! ¡Quién lo había de creer!.. Vamos, ayer fingía yo ser filósofo; pues seámoslo hoy de veras para soportar un golpe semejante. Huyamos... Vamos á consolarnos á la fiesta. Así como así lindo papel iba yo á hacer por cierto. ¡Riamos, vive Dios! Estudiemos un rato mis canciones y váyase á paseo la filosofía.

(Se continuará.)

BELLAS ARTES.

Desde que terminó la esposición de pinturas, no habíamos tenido el gusto de ver ninguna obra del distinguido artista don Rafael García Hispaleto. El público, no solo aplaudió sus cuadros, sino que admiró ver obras, que por su importancia y por su mérito, no armonizaban con su corta edad.

Este jóven, tan simpático por su excesiva modestia, acaba de retratar á la señora marquesa de la Pezuela. Esta señora aparece vestida de córte, en actitud de estar colocando en la cabeza de su hija un prendido; la niña sostiene un cofrecillo de alhajas. Las ropas han escedido á lo que podía esperarse de un artista que casi debía empezar á comprender y penetrar los misterios del arte. El traje de la señora marquesa es de raso blanco, adornado de finos y delicados encajes, todo ello ejecutado con una perfección y verdad admirables. El traje de su niña es de *moiré* azul celeste, que compite en verdad con el traje de su mamá; el plumage y las pedrerías que adornan la cabeza de esta última son exactamente plumas y piedras naturales. A su espalda hay un sillón de terciopelo

carmesi pintado con una destreza sorprendente; la alfombra, la mesa dorada, el espejo, el cortinaje, y los demas atributos de adorno que circuyen aquel pequeño espacio no pueden tener una ejecución mas cumplida y satisfactoria. De esta pintura no puede juzgarse mientras no se vea, y por lo tanto sentiríamos que nuestros elogios pareciesen exagerados. Ademas, tampoco nos atreveríamos á consignar estas líneas laudatorias en favor del jóven Hispaleto, si el voto unánime de los primeros artistas de la córte, no nos autorizara á ello, en vista de los repetidos elogios que diariamente consagran al aventajado pintor. Su estudio está perpetuamente favorecido por aficionados y admiradores de su mérito indisputable.

Sin embargo, el señor Hispaleto, tiene en su estudio otras obras que admiran tanto como el retrato de que hemos hecho mérito. La fecundidad de su imaginación en los cuadros de composición, le acredita de ser un verdadero artista. ¡Qué entonación, qué colorido, qué armonía, qué expresión, qué gracia en la distribución de los grupos, qué filosofía en todo lo que pinta, qué conocimiento tan cabal en la variedad de los tipos!.. El jóven Hispaleto no tiene mas que 20 años; Sevilla debe enorgullecerse de haber dado á España un jóven de tanto porvenir.

ARQUEOLOGIA Y NUMISMÁTICA.

No hace todavía mucho fué descubierto en Ninive, antigua capital de la Asiria, un sarcófago con los restos de una muger de estirpe régia. Cubria su rostro una careta de muy delgada chapa de oro, perfectamente conservada, y en el mismo estado se halla todo el ropaje y demas atavios.

—En Grecia se ha hecho un descubrimiento muy importante. En la embocadura del pequeño rio Trapes, en el desfiladero que hay entre Tripolitza y Halawryta, encontróse en un subterráneo abovedado, los restos de un hombre con yelmo de bronce y adornos dorados con una armadura. A su lado había dos lanzas, unos vasos de cristal y de barro, y una pequeña lámpara, todo elaborado con el mayor primor. Parece, segun todos los indicios, son los restos de un caballero del Occidente, que en tiempo de las cruzadas vino á aquel pais. Asimismo se tropezó en aquel mismo terreno con una especie de hornacinas de grandes dimensiones que contenían los huesos de cuerpos humanos, cenizas, puntas de lanzas y puñales.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO.

calle de Santa Teresa, núm. 8.

(1) Madama Deshoulières.